

paludismo, la tuberculosis, el cáncer, una lesión renal, cardíaca o cerebral; esta última puede despertar los instintos más depravados y llenar de consternación a la sociedad.

6º La anquilostomiasis en Bolívar requiere más cuidados sanitarios que la tuberculosis, la sífilis y la lepra; San Juan, San Jacinto, Carmen, María la Baja, Montería, Loricá, San Onofre, Arjona, Turbaco, Cartagena, etc., le pagan un hermoso tributo a la enfermedad.

7º Para combatir este mal se hace necesario llevar a la práctica ciertas medidas higiénitas indispensables: juntas sanitarias en las cabeceras de los Departamentos o en donde la enfermedad revista caracteres alarmantes, laboratorios completos para investigar minuciosamente a cada individuo sospechoso, la creación de excusados aun en las chozas más humildes, el aislamiento, hasta obtener la completa curación de los individuos contaminados, la creación de médicos higienistas que hagan la propaganda profiláctica de pueblo en pueblo, de casa en casa, prestándole mayor atención a los colegios, a los cuarteles y a los individuos de los trabajos agrícolas.

8º Una propaganda por medio de la prensa, de carteles murales con aspectos llamativos, de folletos repartidos gratuita y profusamente; y

9º Tratar a todos los individuos infectados por el anquilóstomo con el quenopodio, único agente que hasta ahora ha dado los resultados más satisfactorios.

Cartagena, enero de 1918.

FALTAS DE HIGIENE

QUE INFLUYEN NOTABLEMENTE EN LA PROPAGACIÓN DE ENFERMEDADES INFECCIOSAS

(Por el doctor JOSÉ A. CABALLERO L., de Cartagena).

Para el tercer Congreso Médico de Colombia.

Traemos estos apuntes sin ninguna pretensión; hemos querido solamente anotar algunas faltas de higiene, que al parecer sin importancia, sí influyen en la propagación de enfermedades infecciosas.

Hablar, decir aquí de los innumerables microbios que viven en la boca, capaces de producir en cualquier momento y en desconocidas circunstancias sus enfermedades específicas, es no decir nada nuevo, ni digno siquiera del tiempo en que se escucha, porque es corto, y cada minuto debe ser aprovechado en su mayor valor posible.

Queremos considerar el beso bajo el punto de vista higiénico, y hacer ver a las damas, especialmente a las de la alta y media sociedad, lo perjudicial de la costumbre de saludarse besándose.

Arrostrar el peligro del beso cuando no hay satisfacción para el espíritu, es el sacrificio más estéril: cuatro labios que se juntan, cuando menos dos corren el riesgo de un contagio.

Que se besen los padres y los hijos, los hermanos, que se digan con un beso lo más grande de su amor, que los esposos y los novios aumenten con sus besos su amor y sus promesas.

Para esos besos no tendrá censura el higienista, porque nadie, nunca, podrá impedir que se prodiguen.

Besarse las amigas, las simples conocidas, acto que por obedecer a la costumbre se repite a cada instante, quizá con repugnancia, sin fijarse para nada en sus fatales consecuencias, es atentar contra la salud, contra la vida de esas mismas damas que pueden llevar de labio en labio un cultivo de microbios, y con la tuberculosis y otras enfermedades sembrar la desolación entre los suyos, especialmente en los pequeños, los que más sufren el beso inevitable del afecto; y las consecuencias de los besos imprudentes que como saludo acostumbran las amigas, las conocidas.

La imagen ambulante que recibe el beso del enfermo que funda en ella su esperanza de salud; el beso que deposita el sano con su fe, es probable, muy seguro, que el objeto así besado sea fuente de contagio. El beso obligante al anillo del Prelado que el respeto y la costumbre consagran todavía.

Ya que tratamos de la saliva, señalaremos otras faltas de higiene notadas por su frecuencia, como peligrosas, por cuanto es fácil por su medio producir el contagio de enfermedades, muchas de ellas de fatales consecuencias por lo incurables. Bien porque sea la saliva la que infecte el objeto haciendo el foco del peligro o porque sea éste el que lleve a la boca el germen activo de la enfermedad.

Entre las principales faltas de higiene anotaremos: humedecer los dedos con saliva al hojear libros, separar naipes, billetes, humedecer la goma de los sobres y estampillas; y en las ventas separar los papeles destinados a envolver las especies y aun alimentos que han de ser comidos crudos.

No queríamos apuntar algunos puntos importantes por no aparecer señalados de tres o cuatro índices; pero como la Iglesia Católica se adapta bien al desenvolvimiento del progreso del medio en que vive, ella sabrá por medio de sus doctores ayudar al higienista; y por eso nos

arriesgamos, en la seguridad de que serán muy pocos los que vean en estos apuntes objetivos distintos a higiene y profilaxis.

Llamamos la atención sobre la saliva con que el sacerdote humedece la mejilla del niño al bautizarlo, y con el *efetá* puede abrir también la entrada a una infección, desde luego que es muy delicada la epidermis del niño, quien lleva con frecuencia las manos a la cara y a la boca.

La rejilla del confesonario, tan peligrosa de ambos lados, porque para oír bien lo que se dice tan bajo hay apenas una malla muy delgada, foco inmenso de contagio.

La comunión cuando se recibe en comunidad puede ser fuente de peligro, porque siendo tan pequeña la forma sagrada, el sacerdote al colocarla en la lengua, se ensucia inevitablemente los dedos en la boca, y así cada uno recibe la saliva de los que le anteceden.

La costumbre de escupir, repugnante, innecesaria, perjudicial, ha sido combatida por la ciencia con fundamentos tan precisos que los Gobiernos se han visto obligados a secundar su actitud, castigando hasta con penas severas a los que se oponen a la medida salvadora.

Combatiendo la costumbre de escupir hasta obtener buen resultado se ganaría quizá un 50 por 100 en profilaxis de enfermedades transmisibles por la saliva, especialmente de la tuberculosis, que por sus estragos ocupa la atención del mundo entero.

Congresos análogos a éste imponen preceptos que los Congresos civiles ratifican como leyes.

Muy desesperado e inútil sería nuestro esfuerzo si intentásemos en poco tiempo el objeto que nos proponemos; hay que llegar metódicamente y comenzar por los niños, y en las escuelas evitar que escupan, imponiéndoles castigos; que dentro de la pedagogía moderna sean capaces, por una parte, para imponer un precepto higiénico, y por otra, procurar al niño obtener con su pena un beneficio más o menos próximo.

Otro de los puntos que conviene hacer notar, porque tiene relación con la misión más grande de la mujer sobre la tierra, porque afecta el más delicado de sus órganos, por eso queremos señalar un detalle en el tocado íntimo de la mujer, lo que al parecer sin importancia, puede influir en el desarrollo de enfermedades locales, que hacen perder el funcionamiento normal del aparato genital, o lo que es peor, no carecen de influencia morbosa sobre el producto de la concepción.

La costumbre de algunas mujeres, de muchas, de usar para su tocado íntimo el mismo depósito que usan para las

deyecciones, aumenta el número de probabilidades de infección por los microbios que se hospedan en los órganos genitales, con los que habitan en los excrementos, produciendo aquéllos sus lesiones conocidas o en simbiosis con estos estados mórbidos, que indudablemente se caracterizan por ciclos especiales que hacen meditar al médico, que acaso no piense que la falta de higiene que apuntamos puede jugar en etiología un papel importante.

El deber del higienista es evitar que llegue el ginecólogo; y todo lo que tienda a profilaxis en este sentido evitaría muchas *itis* genitales cuyas consecuencias desastrosas son de todas conocidas.

Otro detalle que envuelve una falta de higiene y un peligro, es en la mayoría de los hombres el no lavar sus manos después de orinar. Lo generalizado de las enfermedades venéreas y sifilíticas nos hace ocuparnos en este asunto; es muy reducido el número de hombres que no han sufrido las consecuencias de la falta de reglamentación de la prostitución.

La sífilis. La gonococcia con sus múltiples y siempre peligrosas manifestaciones, hace sus estragos en la generación presente; y los mayores, ya lisiados por los descuidos de su adolescencia, todos contribuyen a marcar con el estigma triste a la generación futura, la que no tendrá como ellos ni siquiera la satisfacción del momento en que reciben el contagio.

Las manos sucias después de haber orinado llevan con los saprófitos que habitan en los órganos genitales externos, los gérmenes que activos constituyen enfermedades características.

Por un saludo de manos, por contaminación de alimentos y otros objetos que se toquen, se transmiten enfermedades a individuos sanos o el enfermo mismo puede, con sus manos sucias, multiplicar las localizaciones de su enfermedad, especialmente en los ojos cuando es la blenorragia la que aqueja.

Nuestro trabajo debió completarse señalando el modo de corregir las faltas apuntadas, pero se nos presentó el problema tan complejo, que apenas nos atrevemos a plantearlo; y venimos a buscar vuestra ayuda para poderlo resolver.

Cartagena, enero de 1918.